

RESEÑA A DES/TIEMPO

En la historia no hay psicología, sino historia (veinte años después del comienzo de la destrucción en Yugoslavia)

A propósito de la relectura del libro de Isabel Núñez, *Si un árbol cae: conversaciones en torno a la guerra de los Balcanes* (Alba, 2009)

Por Matías Escalera Cordero¹

Ahora, cuando se han apresado a casi todos criminales de guerra que quedaban sueltos, incluido Ratko Mladic, y cuando se han cumplido veinte años del inicio de la serie de conflictos y guerras que desmembraron Yugoslavia; leído de un tirón casi, el libro de Isabel Núñez, *Si un árbol cae: conversaciones en torno a la guerra de los Balcanes* (una vez más, pues ya lo había leído, cuando salió a la luz en Alba, en 2009: algo que, de por sí, habla bien de un libro, y éste lo es, a pesar de lo que diré a continuación, o por eso mismo precisamente); en este mundo de lo leve y de lo efímero, en el que los libros, como las guerras y como las catástrofes, duran en nuestra memoria lo que un soplo en el desierto ardiente, esto es, nada; me he decidido a hacer su reseña a des/tiempo –pero aún a tiempo–, no sólo por el tema que trata –tan cercano a mí–, sino también por el equívoco y el paradójico significado de las obras de *testimonio* tan bienintencionadas como esta (y, en este caso, tanto por el esfuerzo que hay detrás, como por la honestidad que encierra el proyecto, no desearía ser malinterpretado; aquí no hay descalificación, sino la respuesta crítica de un lector interesado –y atento, creo–, que conoce algo de la realidad testimoniada, la traumática desaparición de la vieja Yugoslavia).

Lo primero que habría que decir es que me parece que la autora no *sabía* nada –como ella misma confiesa en el libro–, cuando empezó a escribirlo, y que, cuando terminamos de leerlo, nosotros tampoco *sabemos* mucho más que ella, al principio, de las *razones* y de las *causas* de aquella guerra que asoló el país balcánico en la década final del siglo pasado. Y, cuidado, esto no se debe a la ineptitud personal de la autora, en absoluto, sino a un error de método y perspectiva crítica muy común y general entre nosotros: el idealismo crítico, esa especie de psicologismo estético y culturalista que parece ser la única vía factible y transitable (sobre todo, por su comodidad e *inconsecuencia*, en sentido estricto) para nuestros periodistas y analistas (no digamos nada de nuestros novelistas), cuando se enfrentan a hechos de dimensión social, política, material e histórica, como estos.

La conclusión del libro –léida con detenimiento– es así tan descorazonadora, como la mayor parte de su desarrollo, pues si, después de tanto esfuerzo –cinco años de viajes a la zona– y de tantas entrevistas a *intelectuales* (a los que, salvo excepciones, deja intactos, pues no les saca ni una gota del jugo que tendrían y guardan dentro; a pesar de la infantil y narcisista superficialidad de algunos, o del impresionante –y más que sospechoso– *desconocimiento* de otros sobre lo que sucedió en su país, especialmente de las causas profundas), si al final de ese recorrido no sabemos bien *qué sucedió*, y sólo quedan las impresiones y los recuerdos personales, de la autora y de los entrevistados; sus nombres propios y sus opiniones, pues entonces –se puede preguntar uno– ¿para qué ha servido todo ese periplo? (aparte de viajar, que está muy bien, y de tomar notas impresionistas sobre los sitios que se han visitado y de las personas que se han conocido, que al fin y al cabo sólo le interesan a la persona que las ha tomado). Lamentables son especialmente algunas de las oportunidades que se dejan

¹ Matías Escalera Cordero, autor, entre otros, de la novela *Un mar invisible* (IslaVaria, 2009), de la colección de relatos *Historias de este mundo* (Baile del Sol, 2011), y de los poemarios *Grito y realidad* (Baile del Sol, 2008) o *Pero no islas* (Germanía, 2009); coordinador del libro de ensayos *La (re)conquista de la realidad* (Tierradenadie Ediciones, 2007); trabajó en la Universidad de Ljubljana –Eslovenia–, en la antigua Yugoslavia, desde 1987 hasta poco antes de que empezara la guerra, en 1991. En el número 9 de la revista digital *Youkali*, puede leerse un escrito suyo, en el que da testimonio irónico de los años pasados en la vieja Yugoslavia y en el antiguo bloque socialista (<http://www.youkali.net/youkali9a10.pdf>)

pasar: en un sentido, estaría la de Roman Simic (siempre sensible y lúcido, del que podemos leer en español su precioso libro *De qué nos enamoramos*, en Baile del Sol, 2008); y, en otro bien distinto, la de Miroslav Toholj (editor de Radovan Karadžić y ex ministro de Información en la República Srpska), aún más imperdonable, pues su cinismo le daba a la autora oportunidades de inspección profunda y contraataque, que desperdicia –no tanto por impericia, repito, como por cierto temor–, y que trata de compensar luego con comentarios, a toro pasado, sobre él, ya inútiles: pues eso se lo tendría que haber dicho al propio Toholj en su cara, y entonces hubiera habido *libro* de verdad, y, sobre todo, se hubiesen abierto vías hacia un cierto “re/conocimiento” de las causas.

Y el caso es que una buena parte de las razones de lo que sucedió en Yugoslavia, a lo largo de esos años, están presentes en el libro, hay alusiones directas o indirectas a ellas, pero se las deja escapar de las manos por esa especie de *ceguera psicologista*, literaria (en el peor sentido) e idealista (en el peor sentido también) por la que el origen de los conflictos políticos, sociales e históricos es siempre de raíz cultural, moral, estética, individual o psicológica (recordemos la cansina matraca que nuestros novelistas, nuestros cineastas y nuestros guionistas de televisión nos han dado, y nos dan, al respecto, con la Guerra Civil y la Dictadura franquista); cuando tales conflictos, básicamente, son de raíz material y, desde luego, estructural; esto es, de naturaleza política, social e histórica, como es, por otra parte, lógico. Lo que pasa es que buscar y documentar estas causas es más difícil y costoso, exige una verdadera investigación, más allá de la entrevista aleatoria, o de las notas exóticas e impresionistas sobre lo que ves o te cuentan.

Las élites del poder social y económico: las *nomenklaturas* políticas de cada una de las repúblicas y territorios, los intelectuales orgánicos –esto es, los que sí sabían qué pasaba y de qué iba la cosa, como los de la Academia serbia, o los del entorno nacionalista croata–, y las mafias económicas, o los sectores de clase emergentes, como la naciente clase media eslovena, que ahora domina la actividad económica, social y política de la nueva república, necesitaban justificar su situación de dominio y activaron los discursos nacionalistas para autojustificarse como tales entidades de dominio, en tanto que se hacían con la propiedad del futuro capital desnacionalizado (o se lo repartían), y punto; eso, pero con cifras y documentación precisa, es lo que se debe estudiar, si se quiere entender algo de lo que sucedió en la vieja Yugoslavia. ¡Ah!, y además están los intereses geoestratégicos internacionales que se cruzaron en ese momento, en el que el sistema de bloques militares e ideológicos se había quebrado y se estaba redefiniendo; el que, por una parte, a Alemania, Francia, Italia, Grecia, o incluso a Rusia y España, o bien no les interesase una Yugoslavia democrática, convertida en potencia regional fuerte, autónoma e independiente, en una zona geopolítica y económica tan sensible, o bien temiesen, como temían, un cambio de la correlación de fuerzas y de la capacidad de influencia, de cada uno de los actores, ya sea en el continente, ya sea en la región; sin olvidar que a Estados Unidos le interesaba –entonces, como ahora– una Europa desestabilizada, en el proceso justo de su constitución como tal Unión Europea (entidad política y económica objetivamente peligrosa de cara al futuro global que se estaba determinando); e hicieron lo mismo que hicieron con la Rusia de Gorbachov y de Yeltsin; y punto redondo (esa es la razón auténtica de la aparente pasividad internacional, y del “que se maten entre ellos”: así sí se entiende lo que sucedió en Sarajevo, en Vukovar, o en Srebrenica, pues cuando se hayan matado, ya *redefiniremos nosotros* su futuro, y quién se queda con cada quien). Y lo demás es marear la perdiz e irse por ramas psicologistas, culturalista y morales que a nada conducen (véase la conclusión expresamente tan descorazonadora y fútil del libro). En fin, las cosas son más fáciles de lo que parecen. La rapiña sistemática aplicada por las élites siempre lo es, muy fácil de entender, si no, miren las causas de la actual crisis económica o los levantamientos de los pueblos del Magreb, ¿ustedes creen que hay razones morales, psicológicas o culturales en tales procesos?; ¿o en la devastación de la Franja de Gaza o en el Congo?, por poner más ejemplos.

No, en esos procesos sólo hay intereses económicos y de dominio (de las grandes multinacionales y de las viejas potencias coloniales, o de las nuevas potencias económicas emergentes, léase China). ¿Ustedes creen que Gadafi, o los aparatos de Hamas, o de Al Fatah son ajenos a los intereses externos que los financian y mueven, o que les importa algo su pueblo, el inútil sufrimiento de las víctimas que producen sus enfrentamientos internos o sus

políticas suicidas? Es como creer que Obama, por su cara bonita, iba a meter en cintura (de un modo real y efectivo), o a fiscalizar el entramado de intereses cruzados de los mercados financieros y de la industria bélica, petrolera y química que controlan nuestras vidas, por la *ideal* ilusión que despertó.

¿Y la gente común? La gente común, más allá de cualquier literatura barata sobre el asunto, tiene miedo y prefiere no enterarse de las cosas –como la mayor parte de los *intelectuales*, por cierto–, y antes que actuar y parar a los criminales preferimos colaborar en los crímenes, creyendo que como nosotros no los hemos empezado no somos responsables; y buscamos –como buscaron muchos *intelectuales* y *artistas*, de segundo orden, allí, que no se *enteraban* de nada, como en el caso vasco, que cita varias veces la autora– dar mil vueltas simbólicas y equidistantes a las cosas, con tal de no nombrar las causas de un modo franco y directo, y señalar a los criminales. Por eso, el testimonio de Roman Simic tiene tanto valor, porque creo que es el único que habla de modo sincero de ese miedo a enfrentarse con la verdad y de esa literatura que esgrime las excusas más peregrinas y rebuscadas para justificar nuestra colaboración en los crímenes, o nuestra impasibilidad. Aunque la gente común, por lo menos –esto es verdad–, no trata de pasar por verdad *pública* esas mentiras urdidas para no hacer nada, que es lo que sucede con algunos de los entrevistados, que encima tratan de sacar conclusiones culturalistas y psicologistas y hasta *poéticas* de un conflicto que tuvo como todos los conflictos históricos y sociales, unas causas de naturaleza radicalmente social e histórica, esto es, material y económica, que se concretó en el reparto violento de poder e influencia política y territorial.

Lo que pasa es que esta forma de enfocar las cosas que eligió la autora y la inmensa mayoría de nuestros analistas nos entretienen más, ya lo sé, y nos hacen creer que somos algo o alguien en procesos que no dominamos; al tiempo que no tiene –ni busca tener– consecuencia real alguna en la realidad real (la que nos afecta de verdad), pues si las causas –el origen– de los procesos que nos afectan son *misteriosas, individuales, morales e inefables*; o, como mucho, *opinables*, ¿qué podemos hacer, sino hablar y hablar de ellas?, sin considerar acción posible alguna, que las cambie, o, si no, al menos, que nos cambie a nosotros. Por eso, enfoques e investigaciones así planteadas pueden ser financiadas, sin problema alguno, por las fundaciones y las becas de los causantes de los mismos desastres que se analizan. Y, aun así, merece la pena buscar, encontrar y leer el libro, aunque sea a des/tiempo (o por eso mismo), para darse cuenta de ello.